

y las otras cinco de mármol pardo. Encima tienen unas esferas y globos celestes y terrestres.

Visto el adorno de esta biblioteca, diré algo acerca de los libros que contiene. En esta biblioteca se custodian solamente impresos en todas lenguas, pues los manuscritos se guardan en otra destinada á ellos. Su primer origen fueron 4,000 volúmenes que Felipe II dió de su biblioteca, los cuales se distinguen por su encuadernacion, que es en tafíete negro ó morado, y porque tienen sus armas en el centro. Se le unieron luego los que poseyó don Diego Mendoza, que sin duda son los mejores que hay en esta bibliotecas. También se distingue su encuadernacion, pues una de las cubiertas es encarnada y la otra negra. Aumentada despues con varias bibliotecas particulares que se le agregaron, regalos que se le hicieron y la concesion del privilegio de adquirir gratis un ejemplar de todas las obras que se imprimiesen en España, Milan, Sicilia y otros reinos, llegó á

reunir de cuarenta á cincuenta mil volúmenes.

Entre las preciosidades de este género, se guarda el *Código Aureo*, libro en el que están escritos con letras de oro, los cuatro evangelios, los prefacios y epístolas de San Gerónimo y los cánones de Eusebio Cesariense. Le mandó escribir el emperador Conrado y se acabó en tiempo de Enrique II, su hijo, el año de 1849. Se conserva también un libro que se cree de mas de cuatrocientos años de antigüedad, que contiene el Apocalipsis de San Juan, cuyas hojas se ven adornadas de orlas y cenefas pintadas con sumo gusto; dos ejemplares de la Biblia Régia, de Arias Montano, todas las obras de Santo Tomás de Aquino; una edicion de Virgilio del año 1460; los códices Emilianos y Virgilianos, escrito el primero en 994 y el segundo en 976; dos códices de las Cantigas de D. Alfonso X, sien- to uno de ellos el mismo que usó dicho monarca; varios devocionarios que pertenecieron á d.ña Isabel I. Carlos V.

y Felipe II, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

La biblioteca de manuscritos, tiene su entrada en las mesillas de la escalera que está junto á la portada de aquella. Sus dimensiones son iguales á las de la otra, si bien es algo mas baja.

La estantería es de pino de Cuenca y entre los espacios que resultan entre los estantes y el techo, hay colocados cuarenta y ocho retratos en medio cuerpo de varones ilustres españoles, pintados la mayor parte por don *Antonio Ponz*. Aun cuando en esta biblioteca se guardan algunos libros impresos, lo mas apreciable de ella son los manuscritos. Hay de éstos 1,920 árabes, 562 griegos, 72 hebreos, 210 latinos y hasta 4,564 en las demás lenguas vulgares. Entre ellos hay biblias sumamente antiguas, especialmente una del emperador *Catacuceno*; un *Alcoran* lujosísimo, un *Ptolomeo*, una carta de San *Vicente Ferrer* y otros varios escritos notables. Entre los impresos se ven

libros chinos y otros en diferentes idiomas, todos de gran valor.

Hay tambien preciosas colecciones de estampas y dibujos de diferentes clases, desde el siglo X hasta fines del XVI.

En las salas y departamentos del palacio hay una coleccion de cuadros de batallas al fresco pintadas por *Fabrizio* y *Granelio*, acaecidas en el reinado de don Juan II, contra los árabes una y otras en el de Felipe II, como la de San Quintin, la rendicion del fuerte de Chatelete, incendio de la fortaleza de Han, toma de Nova y la revista que pasó en Cantillana Felipe II el 13 de Junio de 1580.

De los tapices de Goya hablé ya al principio de la descripcion del Escorial y por ahora, sigamos adelante, despues de la amplificacion que te ofrecí y acabo de hacer de este edificio.

Despues de salir de él y dirigiéndonos hácia el Sur, por entre lo mas espeso y enmarañado de la vegetacion se mira una casita blanca, cuyo color jue-

ga lindamente con el verde de la hoja rasca. ¿Sabes, María, lo que es esta casa? Pues es el palacio en miniatura de los príncipes reales, que son conducidos muchas veces á pasar días y aún semanas enteras, para divagarse en sus inocentes juegos y en todas las distracciones de los niños de ocho ó diez años; ese palacio contiene sus apartamentos propios para ellos, comenzando por su salón, que no excederá de diez varas y las demás cámaras en proporción, lo mismo que el mueblaje; los cuadros que adornan las paredes son también pequeñitos y en fin, todo es como de muñecos y microscópico.

Estábamos encantados con ver tanta chuchería y todo en proporción y tan adaptado para niños, que tú, María, te habrías divertido y reído mucho si hubieras estado allí.

Regresamos en la tarde á Madrid, miran'o por última vez desde éjos ese montón de piedras negras y cenizas que se llama el Escorial, con carrozado entre las gargantas del cerro calcáreo y sin una

sola hoja que indicara algún indicio de vegetación: ¡imágen del espíritu que animaba al monarca que patrocinó en España y en México la inquisición!

Dos días despues me propuse conocer á Carabanchel, y para amenizar el paseo, invité á varios de los alumnos de la Academia.

Salimos de Madrid, la mayor parte, por la puerta de Toledo, á las ocho de la mañana. Mientras llegaba el resto, que serian dos ó tres, ajusté el coche para que nos esadujera á cuatro de nosotros por un peso, pues la población estará á ménos de una legua; los demás arreglaron los suyos por separado.

Cuando estuvimos todos reunidos y que ponía yo el pié en el estribo del coche, me acordé del cochero aquel de marras y porque no me estafara como él, pregunté al del carruaje que tomé:

—¿En cuánto nos ajustamos?

—En dos pesos, señor, me contestó el botarate muy impávido.

—¿Qué mala fe! vamos á otro coche,

dije yo quitando el pié del estribo para retirarme.

Al ver esto el bribon exclamó:

—No, señor, no se vaya; ya me acordé que nos arreglamos por un peso.

—¿Lo oyen ustedes? dije á los demás para que sirvieran de testigos, ¿lo oyen? por un peso nos lleva á Carabanchel.

Es proverbial la mala fé y lo ladrones que son los cocheros de Madrid, que francamente son aún mas que los de México, porque yo ví muchas escenas en que esos briboues pretendian estafar á los que los ocupaban, hartándolos á groserías, y por eso me aseguré esta vez, poniendo de testigos á mis mecopañeros,

Carabanchel es un pueblito de mala muerte que, como dije, no está muy distante de Madrid; en él se ven algunas pocas casas de particulares que van á pasar allí el verano y entre ellas se encuentra la de la familia de la ex-emperatriz Eugenia y la del duque de Sa-

lamanca, que era la que íbamos á visitar por el museo que contiene.

Entramos á ésta, que queda situada en el centro de un bonito y extenso jardín; penetramos á las estancias y admiramos allí algunos cuadros antiguos y modernos; pero lo que mas nos llamó la atención y nos agradó, fué el museo de las antigüedades sacadas de las excavaciones de Pompeya, en las que, como dije ántes, tenia parte el duque de Salamanca.

Despues de admirar algunas lámparas, candelabros y otros objetos de metal, jarrones, ollas y demás utensilios de servicio doméstico, nos hirió vivamente la atención un cuarto en el que habia un armazon pleno de caretas de barro cocido, la mayor parte de mujer; pero de una belleza de líneas tan sorprendente, que nos dejó admirados á todos.

¿Qué empleo podian tener aquellas caretas de barro tan admirablemente ejecutadas? lo ignorábamos; tal vez serian modelos para estatuas, retratos, ó

qué sé yo; el caso es que serían como doscientas esas máscaras y todas de muy bello tipo.

Así fuimos pasando por los diversos departamentos, siempre admirando la cultura que alcanzaron los habitantes de esos pueblos sepultados en la lava, muy superior á la de los actuales.

Muy tarde ya, salimos del palacio; dimos un pequeño paseo por el jardín y regresamos á la ciudad, gratamente impresionados con lo que habíamos visto.

A los pocos días dispuse mi viaje para esta ciudad, tomé el tren que tocó en Toledo, Monserrate y otras poblaciones; ví el Ebro, el río mas caudaloso de España, que pasa á extramuros de aquella población (Toledo) y llegué á Barcelona.

En esta ciudad me encontré con mi maestro Clavé y tuvo la galantería de acompañarme muchas veces en la excursión que me propuse hacer en ella.

De facto, al otro día de mi llegada comenzamos á visitar los templos y los

edificios mas notables: ví la catedral, el liceo, que es un edificio de colosales dimensiones; la Academia de Artes, en donde me mostraron el cuadro que pintó Fortuni y con el que obtuvo el premio de Roma.

La estructura de Barcelona es antigua en su totalidad, excepto el frente que mira al mar, en donde están los grandes hoteles de Inglaterra, Francia, etc., que son fábricas arquitectónicas de mucho mérito. Otra de las calles de la ciudad antigua es la Rambla, que es muy ancha y divide la ciudad de parte á parte hasta llegar á la playa; en ella está situado el Teatro del Pabellon, que es hermoso en su interior y gallardamente ornamentado.

Peró lo que verdaderamente embellece á Barcelona, es el Ensanche, que llaman á la parte nueva de la ciudad, que está mas allá del paseo. Esta se compone de calles rectas tiradas á cordel, de edificios de forma moderna y aislados unos de otros por medio de jar-

dines que les dan magnífica vista y buena ventilacion.

Las esquinas de las calles son truncadas, de modo que dan aspecto de plazas en cada extremo de las últimas. Muchas fachadas ví pintadas al fresco con algunos pasajes mitológicos, y la balconería de algunas casas es de mármol, que les da una apariencia monumental.

La mayor parte de las personas acomodadas habitan ya la parte del Ensanche, y aseguran que aumentada poco mas, será la futura Barcelona; yo creo que siguiendo los demás edificios el sistema de los actuales, será una de las mas bellas ciudades de Europa.

Aun ahora, la ciudad, en el estado en que se encuentra, me agrada mucho mas que Madrid, tanto por sus calles y edificios como por su movimiento comercial, que es de mas importancia, y su vecindad al mar le da al conjunto una vista seductora.

Una semana permanecí en Barcelona paseando de mañana á tarde, unas ve-

ces con el señor Clavé, que ha sido para mí un excelente cicerone, y otras solo, mirándolo todo, observando cuanto se me presentaba.

Dirás que, ¿por qué no te hablo detalladamente de algunas especialidades de la ciudad, habiéndolas visto casi todas? Pero yo te contesto: que si así lo hiciese, se alargaria mucho mi descripción del camino que he traído á Roma, de cuya trasformacion has de querer que te hable ya, supuesto que debes creer que es de importancia; por eso á vuelo de pluma te he estampado mis impresiones de Barcelona y seguiré del mismo modo con el trayecto que me falta.

Salí de la ciudad el Sábado de Ramos á las seis de la tarde, y llegué á Marsella el lúnes Santo á medio dia.

De esta ciudad te hablé otra vez y ahora solamente añado, que á nuestro arribo estaban al romperse las hostilidades entre la comuna y el gobierno.

Con efecto, cerca de las cinco de la tarde, tuvimos los pasajeros que regre-

sar mas que de prisa al vapor, y á poco se rompieron los fuegos de un cerro que está al Oriente, cuyo nombre no recuerdo, y del palacio del gobierno; mas tarde fué de otros puntos.

Este tiroteo duró hasta el miércoles por la mañana en que la comuna huyó, no sin haber ocasionado algunos destrozos en los edificios del centro y áun mas en el palacio.

Yo salí del vapor para ver algo y á las seis de la tarde volví á bordo.

A poco nos hicimos á la vela y al otro día, Jueves Santo, á las nueve de la mañana, arribamos á Génova, sanos y salvos.

A esa hora, las calles estaban llenas de gente que se dirigia á las iglesias para asistir á los oficios, ó paseaba, llevando las aceras.

Yo me mezclé á la numerosa concurrencia gozando con ella y muy divertido con la vista de las lindas genovesas y sus trajes aéreos y ligeros; entraba yo á los templos en donde me detenia largo rato, embelesado siempre con la

multitud que entraba y salia ó con las voces de los cantores que entonaban los oficios, en union de los sacerdotes.

A las once me fuí á almorzar y en seguida tomé un carruaje para pasear por los extramuros de la ciudad.

A las tres de la tarde, entré de nuevo á ésta, seguí visitando los monumentos, en los que habia pianos tocados con maestría. Entretanto, la concurrencia aumentaba y la vista tenia que pasear sobre ella, como sobre una linterna mágica á través de la cual se veian rostros encantadores de veinte años, vestidos de mil colores, velos transparentes que ó translucian unos ojos de cielo, ó pupilas de fuego que abrasaban; en fin, era aquel o una gloria y la ciudad presentaba un aspecto animado, pintoresco, que aturdió y convidaba á disfrutar de ese encanto horas enteras.

Pero como se acercaba la de la partida de nuestro vapor, forzoso me fué abandonar aquel lugar de delicias y, dándole un adiós un poco melancólico,

me dirigí al muelle y entré definitivamente á bordo.

A las seis en punto, sonó el pito de la locomotora y el buque, soltando sus amarras, dirigió su quilla para Liorna.

A las nueve del otro día, Viérnes santo, atracó frente á la ciudad.

Salimos la mayor parte de los pasajeros, y yo, con mi proverbial curiosidad de siempre, me encaminé á la plaza y entré á la catedral, en la que se celebraban los oficios del Viérnes Santo en la adoracion de la cruz.

Mucha concurrencia habia en las calles y en los templos; pero era ménos numerosa que la de Génova, aunque las hermosas liornesas asomaban sus encantos por todas partes.

A las seis de la tarde estaba yo á bordo porque dentro de un momento debia partir el vapor, como en efecto lo verificó á las siete.

Al otro día, á las seis de la mañana Sábado de Gloria, entraba yo de nuevo á la ciudad de Roma, despues de diez meses de ausencia. En este corto inter-

valo, ¡cuántas cosas habian pasado! ¡qué cambio se habia operado físico y moral en la ciudad eterna!

Al separarme de ella, el poder temporal de los papas reinaba en toda su plenitud sobre algunos centenares de miles de hombres, sostenido por los suavos pontificios que habian venido colectivamente de las demas naciones con este fin: estaba tambien el escuadron de caballería compuesto de príncipes y otros jóvenes de la nobleza europea; el ejército papal compuesto de habitantes de los Estados pontificios; pero mas que todo este aparato de fuerza, estaban los batallones franceses, que siempre habian sido los sostenedores del poder temporal y nada parecia conmoverlo despues de su prolongada existencia de muchos siglos.

Mas el poder temporal de los papas, á pesar de estar sostenida por la fuerza física y moral y que aún el mismo dogma lo robustecia, entró á formar parte de las cosas perecederas de este mundo, porque al mes apénas de ini-

ciada la guerra con la Prusia, el poder temporal vino á tierra con un soplo y una institucion de centenares de años desapareció de la haz de la tierra tal vez para no volver jamás.

A poco de establecido en Roma el rey de Italia, expidió decretos para organizar la ciudad bajo otro pié distinto de como habia existido con el reinado de los papas: el sistema que comenzó á regir fué completamente liberal.

Se expidieron bandos de policia para el aseo de las calles y edificios y en todo se estableció un nuevo orden de cosas semejante al que hoy rige en todas las capitales europeas, desapareciendo el antiguo que hacia aparecer á Roma como una ciudad de la Edad Média, en la que se trataba de conservar todo lo que pertenecia á épocas muy lejanas y retrógradas, caminando en esto en consonancia con la religion.

Por eso al entrar yo por las calles de Roma, quedé admirado de la reforma radical que se habia operado en ella: veia pintadas las fachadas de los

edificios y aseados los monumentos, así como las calles que ántes respiraban fetidez, ahora se veian limpias y no habia ya esos lagos de orines que partian de debajo de las ventanas é iban á parar al centro de las calles, sino que unos receptáculos de mármol embutidos en la pared en cada esquina, servian para hacer desaparecer ese inconveniente.

La arquitectura de los palacios y templos que anteriormente ocultaban sus primores y era necesario escudriñarlos por un impulso de amor al arte, hoy están á la vista, corrido el velo de suciedad y polvo que los cubria y cualquiera al pasar los ojos por ellos, puede admirar fácilmente los destellos de su belleza.

Ahora si, Roma es una bella ciudad, una ciudad moderna que parece que se ha ventido de limpio y ya no causa repugnancia verla.

Aquellas mercerías en que sólo colgaban de un amazon sendos manojos de rosarios y mostraban retratos de Pio IX en fotografia y en estampitas de pacotilla iluminadas, hoy están susti-

tuidas por grandes almacenes bien provistos de objetos del ramo.

Las tiendas de ropa anteriormente raquíticas y pobres de apariencia, hoy son unas tiendas al estilo de Paris con figurines y la lencería, los terciopelos y las sedas colocadas con arte y buen gusto: platerías, joyerías, quincallerías, zapaterías, sastrerías, sombrererías y toda clase de objetos de lujo, ántes desconocidos en esta ciudad, hoy se muestran en vistosas tiendas y almacenes.

Anteriormente se veía sólo una regular fonda junto al hotel de Roma, enfrente de San Carlos, y las demás eran fondnchas que mas bien parecían verdaderos bodegones; hoy se han abierto multitud de restaurants franceses, genoveses, milaneses y algunos otros.

Los teatros, que los dias de fiesta estaban cerrados, hoy quedan abiertos en todo tiempo y no se pasan esos dias feriados en que la gente se moria de fastidio por no saber qué hacer ni tener dónde ir; hoy aprovecha el dia de descanso para divertirse.

La prensa, que en tiempo de los papas se reducía a dos periódicos, *La Verdad Católica* y *El Observador Romano*, hoy tira mas de treinta, y seis ú ocho de caricaturas, algunos ilustrados, y todos haciendo publicaciones importantes; además, hay periódicos semanarios y tienen puerta franca los libros y otras obras y misceláneas que se publican en las principales ciudades del continente, que anteriormente estaba prohibida su introduccion.

En la parte de mejoras materiales, despues del aseo y policia de edificios y calles que se inauguró á la inmediata entrada del gobierno italiano, se ha emprendido la construccion y ensanche de calles por la parte Sudeste de la ciudad, rompiendo de la plaza de Témino. Algunas de esas están al concluir, siendo su construccion moderna y las esquinas truncadas, como las del ensanche de Barcelona; estas calles, segun lo que se dice, entrarán hasta la del Corzo, cerca de la plaza Colonna.

En fin, amiga mia, hoy la vida en

Roma es mas que llevadera: se goza de la belleza de sus monumentos, del aseo de sus calles, de la hermosura de sus paseos, de las funciones de sus teatros, del adelanto que proporcionan sus elementos de arte y de todos los recursos que brinda la civilizacion llamada á su mayor altura.

Al llegar á la ciudad, he renovado mis visitas á los museos miétras me proporcionaba un buen estudio para continuar mis trabajos; he encontrado éste en el Vico de San Nicolás de Tolentino y mañana mismo comenzaré mis tareas.

Cuando tenga algunas cosas nuevas que contarte de Roma, te escribiré otra carta; por ahora te deseo salud y que seas muy feliz. Adios.

Roma, Junio 2 de 1872.

QUERIDA MARIA:

Como hace muchos meses que no recibes carta mia, creerás que me he muerto; pero por fortuna mia no ha sido así, porque entónces me habria privado para siempre de volver á tener el gusto de verte, así como de respirar de nuevo el ai e de mi querido país y de abrazar á todos mis amigos.

Cabalmente escribo esta carta con el principal objeto de noticiarte mi próxima salida de Roma para volver á México después de la ausencia de algunos